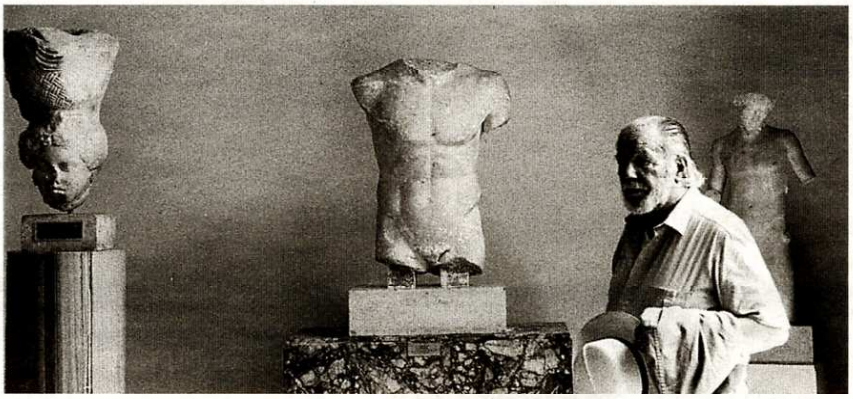
El estilete fluente

La mirada cercana

Soren Peñalver



Cada vez que paso por la calle de la Gloria recuerdo que en ella tuvo su primer estudio Ramón Gaya. Por una fotografía que se conserva del pintor, de 1926, sabemos de su figura de entonces, de su mirada, su rostro franco e inteligente, y del ambiente que le rodeaba, mostrándonos sus iniciales creaciones. Este retrato del artista adolescente destaca por su equilibrada disposición de los objetos: cuadros en las paredes, caballetes y, seguramente, reproducciones de clásicos; pinturas propias recientes; un gramófono con altavoz, sobre un mueble, y el joven pintor en guardapolvos... Gaya tiene en esa instantánea entre quince y dieciséis años, y es un genio, nació genio, y "un niño tan prodigiosamente dotado no puede pasar inadvertido en una ciudad tan compacta como la Murcia de los años 20", como bien escribe Nigel Dennis, en su introducción 'Gaya y Guerrero' al tomo IV de la Obra Completa (Pre-Textos, 2000).

En este año, tan importante para los que admiramos y quisimos a Gaya, del centenario de su nacimiento, debería ponerse una placa indicativa en algunos lugares en los que nació, vivió o, por ejemplo, pintó nuestro gran pintor. También de Juan Guerrero Ruiz, que siempre apoyó y promocionó al artista, y puso en contacto con otros grandes del arte, y en especial de la literatura de esa época: Juan Ramón Jiménez, García Lorca, Luis Cernuda y otros.

De los muchos actos y homenajes dedicados a Gaya, nada más comenzar el año de su centenario, y en espera de otros que se celebrarán a lo largo de 2010, destaca una exposición bellísima de fotografía, 'Ramón Gaya de cerca', que el Museo que lleva su nombre inauguró el pasado 12 de enero, y que podrá visitarse hasta el 29 de marzo próximo. Roma, París, Venecia, Lisboa, el campo extremeño, Murcia..., con amigos cercanos; pero, sobre todo, en interiores o ángulos abiertos con su mirada atenta a la belleza de una perspectiva, unas flores, unos objetos, con unos seres, la vida...

Él así lo dejó dicho y escrito, con palabras que se reproducen en el catálogo o álbum de la exposición: "La vida (...), no está en las cosas, ni siquiera en los seres, sino (...) en la muy estrecha y amistosa unión de las cosas y los seres". E Isabel Verdejo, su inteligente, exquisita y fiel esposa, así lo confirma con su mirada atenta sobre tantos momentos de sus vidas en común, desde que ambos se encontraron.

En unas breves palabras, Isabel Verdejo expone con humildad sus razones a la propuesta de Manuel Fernández-Delgado: "No practico habitualmente la fotografía, así que las fotos que tomé de Ramón durante esos años no poseen lo que se podrían considerar 'valores fotográficos'; se trata, en todo caso, de esas fotos que se toman en el ámbito privado para fijar momentos puntuales". No estamos de acuerdo con Cuca. Sus fotografías son de una absoluta y sencilla belleza formal, en sus motivos e intención de eternizar los instantes elegidos durante el largo recorrido con su compañero de muchos años.

Alguna vez le hablé a Ramón Gaya de personas admiradas por mí, que él conoció y trató en Roma: Cristina Campo, Élemire Zolla, Mario Praz, Bernard Berenso (a este se le parece, en mucho). Todos ellos pertenecen a la misma estirpe grande.

Literatura

Ignacio Borgoñós, 'Recitando a Petrarca'

Francisco J. Díez de Revenga

Ignacio Borgoñós (Cartagena, 1975) es el autor de una novela de gran interés, 'Recitando a Petrarca', que acaba de publicar Alfaqueque Ediciones, en Cieza. El relato, que fue finalista del Premio Mario Vargas Llosa de 2009, aborda el complejo mundo de la recuperación vital, la imperiosa necesidad de volver atrás en la existencia y detener el tiempo para contar con la oportunidad de rectificar el signo de toda una vida, en la que se han visto implicados multitud de personajes con destinos cruzados. Para la elaboración de esta perspectiva especular, Borgoñós crea un complejo mundo novelesco con dos escenarios distantes, que son recorridos como espacios narrativos con todo detalle: las ciudades de Toledo y Budapest, que funcionarán estructuralmente como dos estancias alternativas en las que va desarrollándose el argumento del relato, que puede ser, sin embargo, resumido en su aparente sencillez: un maduro arquitecto español, residente en Budapest, regresa a Toledo en busca de su primer amor, mientras unas citas del gran poeta italiano del siglo XIV, Francesco Petrarca, van marcando la necesidad obsesiva del regreso al amor puro, al amor auténtico y verdadero, mientras que el arquitecto atesora un volumen bilingüe del inmortal 'Cancionero' del poeta italiano como su más preciada posesión.

Pero no todo es tan fácil como se sugiere en la sencilla trama argumental resumida. Porque hay un pasado, hay una larga historia sucedida varias décadas atrás, acaecida en Toledo, que el lector va conociendo por medio de bien construidos procedimientos narrativos con los oportunos dispositivos retardatarios ('flash-back'), hasta reconstruir la biografía completa de los protagonistas, el arquitecto Gabriel Siloé en Toledo y en Budapest, donde sufre incluso la persecución de las autoridades del régimen comunista, y su adorada Laura Fiume (nombre muy petrarquista sin duda) en su Toledo, donde ha sufrido, ha amado, ha gozado y ha sido seducida a lo largo de los años, mientras su existencia ha trascurrido de forma anodina...

El resultado no es otro que una novela potente, bien construida, en la que Ignacio Borgoñós ha puesto en juego muchos elementos, quizá demasiados, aunque los ha sabido organizar con esa estructura dual, que sin duda es técnicamente el mejor hallazgo, y el único posible para lograr controlar tantas pasiones, sentimientos encontrados, equívocas fortunas y decididas adversidades. Incluso la deriva que la novela tiene, hacia su final, hasta convertirse en una novela negra, dota a la intriga, e incluso al suspense creciente a lo largo de sus más de trescientas cincuenta páginas, de un mantenido interés y de una envidiable amenidad.

El lector reparará en la importancia que tienen en la novela los dos escenarios, las dos ciudades Budapest y Toledo, reconstruidas como lo haría un novelista de otro tiempo, quizá Galdós, calle a calle, edificio a edificio, monumento a monumento, ciudades pateadas que, con su recuperación en la novela, no suponen una reconstrucción arqueológica (aunque en cierto modo lo sea) sino que, con su verdad, con su auténtica vitalidad, dotan a la novela de indeclinable verosimilitud. El protagonista de la novela tiene dos vidas distintas y distantes, y cada una de ellas pertenece a una ciudad, y por ello es lógico que ambas ciudades formen parte de la novela también con su propio protagonismo, porque la restauración de los ambientes es decididamente acertada: ciudades con sus habitantes, desde intelectuales a auténticos delincuentes, pero también ciudades con sus pasiones y con sus tragedias, ciudades literarias, que, sin duda, a partir de esta novela lo son aún más.

Y queda, por último, algo que decir del título y del poeta evocado en él. Unos versos de Petrarca, unas citas aquí y allá del poeta toscano darán fuerza de andamiaje lírico a una pasión que, tras décadas de sobresaltos y de avatares vitales, no se ha extinguido: la pasión de Gabriel por Laura y la de Laura por Gabriel. Petrarca será el amortiguador de tantos momentos trágicos, incluso patéticos, de tantas situaciones sórdidas que la novela contiene, y triunfará sobre todos ellos con su poesía y con el hálito indeleble de sus versos bilingües, que se hacen presentes en la novela en diferentes ocasiones.

El escritor Ignacio Borgoñós ha creado un buen relato, dotado de amenidad y de bien fundamentada tensión intelectual. El lector podrá descubrir su apasionada lucha contra la adversidad que ha perseguido a personajes inseguros. Comprenderá, al final de sus páginas, que todo ha merecido la pena, y que lo que se dejó atrás puede ser recuperado. Solo una buena novela puede ser capaz de conseguirlo. Y ésta lo ha logrado.